

Manuel Cruz
Bibliografía

PI 827 (34 p 3)

ROBERTO HERNANDEZ C.

Los primeros pasos del Arte Tipográfico en Chile y especialmente en Valparaíso.

(Conferencia leída en el salón de actos de la Biblioteca Severín, con motivo de las Bodas de Diamante de la Sociedad Tipográfica de Valparaíso, fundada el 6 de Mayo de 1855).

Camilo Henríquez y la publicación de la "Aurora de Chile".

(Un homenaje con motivo de la primera celebración del Día de la Prensa, que se verificó en el Teatro de la Victoria de Valparaíso).



VALPARAISO

Imprenta VICTORIA, Chacabuco 79
1930.

1 27 34 3

AAAD 8871

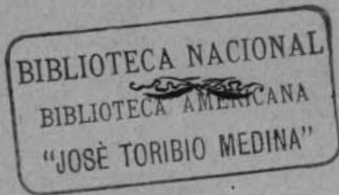
ROBERTO HERNANDEZ C.

Los primeros pasos del Arte Tipográfico en Chile y especialmente en Valparaíso.

(Conferencia leída en el salón de actos de la Biblioteca Severín, con motivo de las Bodas de Diamante de la Sociedad Tipográfica de Valparaíso, fundada el 6 de Mayo de 1855).

Camilo Henriquez y la publicación de la "Aurora de Chile".

(Un homenaje con motivo de la primera celebración del Día de la Prensa, que se verificó en el Teatro de la Victoria de Valparaíso).



VALPARAISO

Imprenta VICTORIA, Chacabuco 79
1930.

Publicaciones del Autor

«APUNTES HISTORICOS SOBRE EL MOVIMIENTO LITERARIO GENERAL DE VALPARAISO». (Desde la instalación de la primera imprenta en 1826). Trabajo escrito especialmente para la edición extraordinaria de la revista «Zig-Zag», dedicada a la Provincia de Valparaíso. Año de 1921.

«ALGUNOS ASPECTOS HISTORICOS, POLITICOS Y ADMINISTRATIVOS DE VALPARAISO A CONTAR DESDE LA INDEPENDENCIA». Con 40 fotografías de Album.—Valparaíso, Imprenta Victoria, 1924

«LAS OBRAS MARITIMAS DE VALPARAISO Y EL PUERTO DE SAN ANTONIO.—LA CONCESION DE QUINTERO».—Estudio histórico sobre un gravísimo problema regional a la vez que nacional. Con ilustraciones y dibujos hechos especialmente.—Valparaíso, Imprenta Victoria, 1926. 320 páginas a doble columna.

«EL MONOPOLIO DEL MATADERO MODELO DE VALPARAISO».—Un capítulo edificante en la administración de los intereses municipales. (1904-1927). Valparaíso, Imprenta Victoria, 1927. 184 páginas.

«VALPARAISO EN 1827». (Con un apéndice sobre la época).—Una reseña histórica local, con motivo del centenario de «El Mercurio». Valparaíso, Imprenta Victoria, 1927. 430 páginas.

«LOS PRIMEROS TEATROS DE VALPARAISO Y EL DESARROLLO GENERAL DE NUESTROS ESPECTACULOS PUBLICOS».—El tinglado primitivo.—Durante la colonia.—Las fiestas públicas.—Entremeses y comedias.—Manifestaciones artísticas en la era republicana.—La Música, el Canto y el Baile.—El arte dramático.—Cuadros de la vida social porteña.—La Opera, la Opereta, la Zarzuela, etc.—Empresarios y artistas.—Los Teatros y nuestras grandes conmemoraciones.—Más cuadros de costumbres.—Desarrollo y progreso.—La llegada del cinematógrafo, etc.)—Valparaíso, Imprenta San Rafael, 1928.—Un volumen de 663 páginas con numerosas ilustraciones.

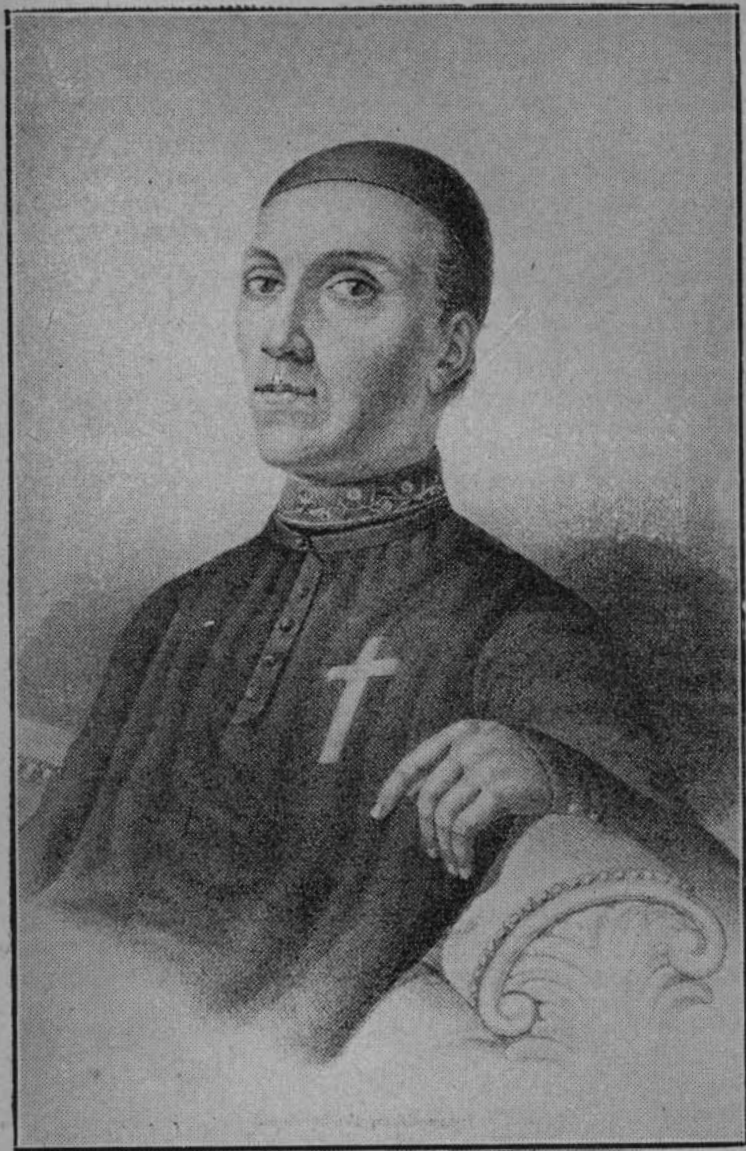
«EL ROTO CHILENO».—Bosquejo histórico de actualidad. Con ilustraciones en el texto. Un volumen de 650 páginas.—Valparaíso, Imprenta San Rafael, 1929.

INEDITAS

«DESARROLLO HISTORICO DE LA LEGISLACION DE LA IMPRENTA EN CHILE».—Trabajo preparado para el Primer Congreso Periodístico Nacional, que iba a celebrarse en Valparaíso en 1927.

EN PRENSA

«LOS CHILENOS EN SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA».—Recuerdos históricos de la emigración por los descubrimientos del oro, iniciada en 1848».



CAMILO HENRIQUEZ, REDACTOR DE «LA AURORA».

Los primeros pasos del arte tipográfico en Chile y especialmente en Valparaíso.

(Conferencia leída en el salón de actos de la Biblioteca Severín, con motivo de las Bodas de Diamante de la Sociedad Tipográfica de Valparaíso, fundada el 6 de Mayo de 1855).

Señoras; señores:

Invitado para concurrir con algún tema propio en torno del acontecimiento que ahora llena de intenso y legítimo júbilo a la **Sociedad Tipográfica de Valparaíso**, viene a ser para mí especialmente grato responder a esa invitación, que nace de un campo cuya naturaleza me ha sido familiar y querida, por las tareas mismas del diarismo, que fueron mis predilectas desde los años juveniles.

Presenta los caracteres de un magno acontecimiento, si se atiende a la época y a otras circunstancias, la fundación que tuvo su base matriz hace ya tres cuartos de siglo, el 6 de Mayo de 1855. En esos setenta y cinco años ya transcurridos, y que ahora conmemoramos, la **Sociedad Tipográfica de Valparaíso**, ha desarrollado, merced a la prohidad de sus directorios y al entusiasmo de todos sus miembros, una hermosa y fecunda obra de apostolado obrero, cuyas proyecciones no sólo tocan al interior del país, sino que también han ido hasta las repúblicas vecinas para ejercer su benéfica influencia.

Pero, no es la historia misma de la Sociedad, en sus tópicos de mas relieve, lo que formará el tema de esta disertación conmemorativa. Esa crónica doméstica, del más alto interés, ha sido ya desarrollada con singular acierto y en forma documentada, en la **Memoria** que el Directorio ha preparado en esta ocasión solemne. De manera que serán recuerdos de otro orden, pero sí, en consonancia con aquéllos tópicos, los que habré de someter a vuestra consideración y benevolencia, desempeñando el encargo que he recibido.

Muy a la ligera, quiero referirme a las primeras manifestaciones del arte de Gutenberg en Chile, y especialmente en Valparaíso, presentando de esta manera algunos hechos locales muy olvidados, u objeto ya de una tradición muy confusa.

Al revés de lo que sucedía en no pocas secciones hispano-americanas que, por lo menos en el último tiempo del período colonial tuvieron alguna imprenta digna de este nombre, Chile, que era entonces la

colonia más pobre y apartada de España, no pudo jactarse de poseer la maravillosa y potente industria, sino al año y medio después de iniciada la revolución de la Independencia.

La búsqueda diligente en la bibliografía chilena, ha permitido descubrir algunas esquelas de convite y otras hojas sueltas de poquísima importancia, cuando no reducidos opúsculos de impresiones más pobres todavía, pero que deben considerarse como muestras significativas de los primeros ensayos que tuvo en Chile el arte de Gutenberg. Se creía el más antiguo de estos productos una esquila de dieciocho líneas, repartida para cierta fiesta que debía celebrarse el 5 de Marzo de 1780. Pero investigaciones de no hace mucho permitieron descubrir una hoja impresa en Santiago en 1776, con el título de «**Modo de ganar el Jubileo Santo**». Y, sin duda, hubo antes otros trabajos de la misma naturaleza, que no han llegado hasta nosotros; así como también es mucho más antigua una imprenta de naipes que funcionó en la capital y que imprimiendo las cartas de las barajas con moldes de madera, los substituyó después por moldes de tronco.

El artífice de la **Imprenta de Naipes**, con un mercado, por lo demás, que en aquellos tiempos no habrían podido alcanzar entre nosotros los libros ni los periódicos, llamábase don José de los Reyes. Ahora, ateniéndonos a los datos tradicionales, las impresiones tipográficas más antiguas que se hicieron entre nosotros, de la calidad que ya dijimos, parecen haber sido ejecutadas por don José Ignacio Gutiérrez, distinguido alumno del Colegio Carolino.

El galardón de tipógrafo, era para él la ejecutoria más noble. Por supuesto, llamábase «**imprenta**» a cualquier caja de una colección de tipos, con más alguna prensita rudimentaria; y algo de eso que ya teníamos, trajo también del Perú don José Miguel Lastarria, aventajado alumno de la Universidad de San Marcos, que vino a Chile en 1777, acompañando a don Tomás Alvarez de Acevedo, nombrado regente de la Real Audiencia. Merced a la protección de aquel alto funcionario, y a los talentos del joyen arequipeño, luego fué nombrado catedrático del Colegio Carolino, al que pertenecía, como he dicho, don José Ignacio Gutiérrez, un artífice de nuestras más antiguas impresiones tipográficas, de meras esquelas o cartelitos.

En 1778, llegaba también del Perú el oidor don José de Rezabal y Ugarte, trayendo en su equipaje algunos útiles de imprenta. Se cuenta que el magno funcionario tenía fundado todo su anhelo en la educación de uno de sus hijos y había querido que éste rindiese un examen público ante los doctores de la Universidad de San Felipe,

con todo el esplendor posible. Y al efecto, logró que otro impresor, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros, compusiese con caracteres de molde la tesis que iba a sostener su hijo.

Por esos años, el grabador de la Casa de Moneda don Rafael de Nazábal, disponía también de una pequeña prensa con algunas libras de tipo, que le servían para imprimir **Guías de Aduana**. Además, se conocen unas cinco hojas impresas por un solo lado, correspondientes a 1783, de una pequeña imprenta que poseyó el Convento de la Recoleta Dominica. El segundo provincial, Fray Sebastián Díaz, chileno y de muchos méritos, la había hecho venir de Lima y se daba el gusto de manejarla por sí mismo, como un diestro tipógrafo, según se dice.

Ateniéndonos a la tradición, de esa imprenta salieron, además, algunas cortas oraciones o rezos que solían distribuirse a los fieles; pero esas hojas desaparecieron en su mayor parte con el archivo y casi toda la biblioteca de los recoletos, cuando, en 1813, sus claustros fueron convertidos por la Junta Gubernativa en Cuartel de Artillería. La Recoleta Dominica fué la última casa religiosa fundada en Chile bajo la dominación española.

Finalmente, es digno de un recuerdo especialísimo, el bedel de la antigua Universidad, llamada de San Felipe, don José Camilo Gallardo, joven chileno con verdadero entusiasmo para el arte tipográfico, y que no obstante disponer de muy escasos materiales, pudo, sin embargo, perfeccionar muchísimo las impresiones conocidas hasta entonces. Del taller embrionario de Gallardo, que estaba instalado en un departamento interior de la misma Universidad, se conservan diversas muestras de impresiones, a contar desde 1789.

En ese mismo año, con fecha 4 de Agosto, el Ilustre Ayuntamiento de la capital, solicitó del Rey el permiso necesario para establecer una **Imprenta**, no considerando tales, naturalmente, las cosas como de juguete que ya se tenían en este orden; pero las buenas intenciones del Cabildo no lograron realización. El Monarca le dió traslado a la Real Audiencia, sobre si convenía o no la tal **Imprenta**; y en estos trámites pasó el tiempo y quedó sepultado el pedido.

. . .

Apenas inaugurada la primera Junta de Gobierno del memorable 18 de Septiembre de 1810 — para cuya reunión imprimió las esquelas del caso don José Camilo Gallardo, — sintióse instintivamente la necesidad, si pudiéramos decirlo, de un contacto estrecho con la opinión pública, que no tenía para manifestarse ninguno de esos órganos hoy día familiares, que son el alimento vitalísimo de las multitudes. Pri-

vados de las indicaciones de la imprenta, sin hojas que les suministrasen ideas y propósitos de interés público, los hombres que se echaban encima la responsabilidad de una situación como aquella, dispusieron en un primer reglamento:

"Todo vecino podrá dirigirse por escrito o de palabra a cualquiera de los señores vocales o a toda la Junta, comunicándole cuanto crea convenir a la necesidad, seguridad pública y felicidad del Estado".

En Chile no había imprenta digna de este nombre; no había nacido el periodismo; de manera que no quedaba otro recurso para excitar y promover el celo de los ciudadanos. Y el primero en acudir a este llamado fué el doctor don Juan Egaña, uno de los espíritus más cultos de la época. Egaña tenía ya escrito un plan de gobierno, que nos interesa particularmente en esta aspiración bien definida:

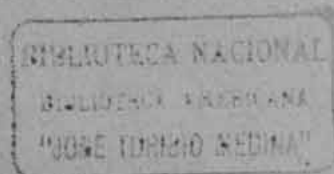
"Convendrá en las críticas circunstancias del día, costear una imprenta, aunque sea del fondo más sagrado, para uniformar la opinión pública a los principios del gobierno. Un pueblo sin mayores luces y sin arbitrios de imponerse en las razones de orden, puede reducirlo el que tenga más verbosidad y arrojo".

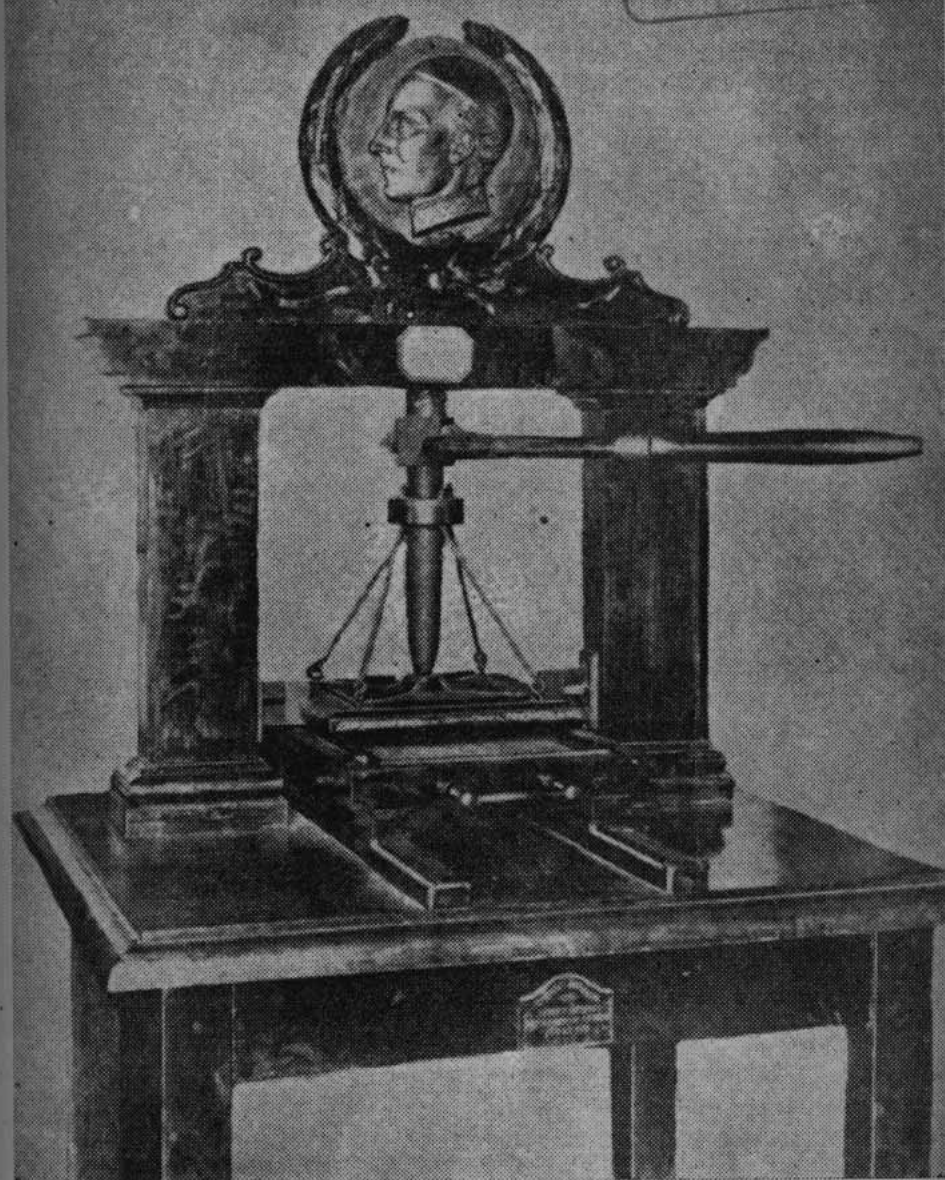
El periodismo en su acepción más noble, lo reclamaba el doctor Egaña como órgano de comunicación de todas las vibraciones de la vida social y como agente poderoso que ha contribuido, más que cualquiera otra fuerza, al desarrollo del derecho moderno.

La Junta Gubernativa pidió luego al Gobierno de Buenos Aires, que le comprase en esa ciudad "la mejor Imprenta que pueda facilitarse"; pero no hubo medio de cumplir por entonces con tal encargo. La primera Imprenta para editar una hoja periódica había de venirnos de los Estados Unidos de Norte América, por conducto de don Mateo Arnaldo Hoevel, ciudadano nacionalizado allá, sueco de nacimiento, y que por entonces estaba recién llegado a Chile.

En efecto, a mediados de 1810, había llegado este personaje por la vía de Buenos Aires y con pasaporte otorgado por la Regencia de Cádiz en la isla de León, el 14 de Marzo de 1809. Huyendo de persecuciones políticas, había vivido antes como refugiado y como negociante en Nueva York, y allá había dejado también un amigo de confianza que respondía al nombre de Juan Roberto Livinston.

Y fué a este ciudadano, agente o comisionista de comercio, a quien el Gobierno de Chile encargó, por intermedio de don Mateo Arnaldo Hoevel, dos cosas que eran esenciales para consumar la revolución inaugurada el 18 de Septiembre de 1810, es decir, una batería de cañones y una imprenta, ésta batería sorda del pensamiento en acción.





PRENSA EN QUE SE IMPRIMIO LA «AURORA DE CHILE», RESTAURADA SOBRE LA BASE DE ALGUNAS PIEZAS QUE LE PERTENECIERON. SE CONSERVA EN EL MUSEO NACIONAL.

La orden fué cumplida honradamente; y el 24 de Noviembre de 1811 echaba sus anclas en la rada de Valparaíso la fragata norteamericana "Galloway", de la matrícula de Nueva York, trayendo en sus bodegas, "entre otras especies comerciales y máquinas para este reino, — así dice una factura de la época — una imprenta y sus aperos".

Venían, además, en la misma factura, cinco cajones de armas y cuatro mil piedras de chispa, es decir, luz para matar y luz para redimir. Junto con satisfacerle el precio de la imprenta y de las armas, el Gobierno debió pagarle a Hoevel, el valor de los pasajes de tres tipógrafos norteamericanos o bostonenses, como entonces se decía aquí, y que vinieron en la "Galloway", entre ellos, Simón Garrison, que dejó sucesión en Chile. Tampoco faltaba un intérprete en el personal llegado, y el intérprete también fué tipógrafo más tarde.

Inmediatamente, el Congreso, reunido a la sazón, hizo comunicar a Hoevel «que iba a tratar de acelerar la conducción de la imprenta a Santiago». Y comenzando el año 1812, las modestísimas instalaciones de aquel capullo de taller tipográfico se arreglaron en un departamento del antiguo edificio de la Universidad de San Felipe, donde hoy se levanta orgulloso el Teatro Municipal.

El nuevo establecimiento denominóse «Imprenta de este Superior Gobierno»; y allí vino al mundo el primer periódico político que salió a luz en esta tierra, «La Aurora», redactada por el legendario fralle Camilo Henríquez, que hasta para bautizar su hoja tuvo genio.

Camilo Henríquez se merece una estatua en Chile por doble motivo: él fué el primero que proclamó, sin ambages ni rodeos, la necesidad de la independencia, y él fué el primero que redactó un periódico en el país

Pero nosotros vamos a recordar en esta oportunidad el decreto del gobierno por el cual se le dió una organización oficial al naciente taller tipográfico; porque fué ese el caso de tipógrafos con nombramiento supremo, que en tanta honra se tenía la profesión:

«Santiago, Febrero 1.º de 1812. — Son impresores para correr con el arreglo de los papeles de Chile y dirigir su grabado en imprenta, Samuel Burr Johnston, Guillermo H. Burbidge y Simón Garrison, ciudadanos de los Estados Unidos de la América del Norte, con mil pesos de sueldo anual cada uno; y Samuel J. Benítez, de Londres, con trescientos pesos, en calidad de intérprete; siendo todos obligados a cumplir con este encargo un año; y el Gobierno a satisfacerles por él mismo su renta; a la que, añadiendo don Mateo A. Hoevel, doscientos pesos por persona, se les satisfará al fin, sufriendo el pago

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA NACIONAL
MUSEO DE LA CIUDADELA



EL GENERAL DON JOSE MIGUEL CARRERA, EN CUYO
GOBIERNO SE ENCARGO LA PRIMERA IMPRENTA.

los producidos útiles de la prensa; y sin perjuicio de estas acciones, se hará gratificación a los impresores, conviniendo al Estado por lucro de ella misma. Estando ellos recién venidos de países extranjeros, sin conocimientos ni rentas para su sustento, la Junta ha tenido a bien adelantarles el sueldo de un tercio de año, que deberá contarse desde el 21 de Diciembre último, afianzados previamente con firma del referido Hoevel. Este decreto les es bastante título y libramiento por los particulares respectivos que toca; y con la toma de razón vuelva a nuestra secretaria de Gobierno, que para archivarla original, entregará su testimonio a los interesados.—Carrera.—Cerde.—Portales.—Rodríguez, secretario».

Aunque ha venido conmemorándose el 13 de Febrero de 1812 como el día de la aparición de «La Aurora», un bibliógrafo muy perito, don Luis Montt, sostiene que fué en la víspera cuando circuló el número prospecto, que comenzaba por decir: «Está en nuestro poder, el grande, el precioso instrumento de la ilustración universal: la imprenta».

Todos los contemporáneos están acordes en ese suceso de la manifestación de la imprenta, que tuvo los caracteres de un prodigio. «No se puede encarecer con palabras—dice el sacerdote realista, Fray Melchor Martínez—el gozo que causó su establecimiento. Corrían los hombres por las calles con una «Aurora» en la mano; y deteniendo a cuantos encontraban, leían y volvían a leer su contenido, dándose los parabienes por tanta felicidad y prometiéndose que por este medio se desterrarían la ignorancia y la ceguera en que habían vivido, sucediendo a éstas la ilustración y la cultura, que transformarían a Chile en un reino de sabios».

Ateniéndonos al mismo testimonio un tanto exaltado del padre Martínez, la primera imprenta se vió luego en grandísimos apuros, o en verdadera crisis, con motivo de una fiesta ofrecida en el aniversario de los Estados Unidos, el 4 de Julio de 1812. Parece que algunos bostonenses, entre los cuales se encontraban los cajistas de «La Aurora», bebieron sus copas más allá del entusiasmo en el banquete; incomodáronse las señoras y el Cónsul; intervino la guardia, resistiéronse los americanos; lleváronlos presos; envalentonáronse en la calle, y el oficial que los conducía, mandó hacer fuego contra el grupo, hiriendo gravemente a varios de los promotores del desorden. La alianza chileno-norteamericana no había comenzado en este suelo bajo felices auspicios.

Johnston y Garrison, fueron reducidos a prisión, y Burbidge, había dejado de existir, a causa de las heridas. Entonces, se puso a la cabeza del taller tipográfico don José Manuel Gandarillas, hijo de una familia patricia y que tuvo a honra transformarse en obrero tipográfico, llevado de su entusiasmo por la causa de la libertad nacional. Gandarillas se vió auxiliado por otros jóvenes chilenos como don José Camilo Gallardo, ya nombrado, y don Eusebio Molinare que también contrájose al oficio.

Gallardo enseñó el manejo de las cajas a algunos muchachos despiertos, de entre los cuales salieron los regentes o propietarios de imprenta que figuraron más tarde, don Antonio Jara, don Eusebio Molinare, un Vallés, un Vilugrón, y el más constante de todos, don José Silvestre Pérez, incansable editor de almanaques y novenas, que no abandonó su imprenta, titulada «De la Independencia», sino por su muerte, ya octogenario, acaecida después de 1870.

Con el ejército de los Andes, que se cubrió de gloria en Chacabuco, el 12 de Febrero de 1817, trajo el general San Martín, una imprenta, cuya administración pedía por acá, muy luego, don José Benito Herquíñico, meritorio tipógrafo chileno, formado en nuestra primera imprenta. El solicitante invocaba, además:

«Que instruido de un modo prolijo, en el conocimiento de los caracteres y su armadura en la imprenta, he procurado siempre vivir contraído a este ejercicio. Para continuarlo, luego que supe que de la ciudad de Mendoza había de conducirse a esta capital una de las imprentas del Estado, me ofrecí gustoso a ir a traer personalmente, como lo verifiqué, a costa de fatigas e incomodidades que no es fácil relacionar, teniendo por objeto en este paso la firme esperanza de que dicha imprenta se me había de dar en administración...»

Nada se pudo disponer por el momento, porque se hallaba ausente el Excmo. General en Jefe, que era el propietario; pero éste absolvió muy pronto, la consulta que se le hacía, con el siguiente documento, digno de recordarse:

«La imprenta que trajo el Ejército de los Andes (de cuya propiedad me consulta V. E., en su nota de ayer) pertenece al Estado de las Provincias Unidas de Sud América; pero como por ahora no la necesita, está francamente cedido su servicio al de este país, y podrá,

entre tanto, disponer de ella S. E.—Dios guarde a V. S. muchos años.
—Cuartel General de Santiago, y Junio 6 de 1817.—*José de San Martín*.—Señor Secretario de Estado, en el Departamento de Hacienda».

A pesar de todo, la imprenta no la obtuvo Herquifíco, sino que se nombró como editor a don Bernardo Vera, y como administrador, a don Eusebio Molinare. Por ese tiempo, de los tipógrafos norteamericanos que habían trabajado en «La Aurora» no residía en Chile sino Garrison, que contrajo matrimonio con doña Rosario Madail, dejando tres hijos. Pero Garrison vivía dedicado al comercio, y no al oficio que le conocemos. Ahora, su compañero Johnston también abandonó la profesión, y después de alguna permanencia en Valparaíso, embarcábase en dirección a Europa, sin que jamás volviera a saberse de él.

Por lo que hace a don Mateo Arnaldo Hoevel, el comisionado del Gobierno para hacer venir de los Estados Unidos la imprenta de «La Aurora», falleció en Valparaíso, el 14 de Agosto de 1819, después de una vida llena de contratiempos y alternativas de próspera y adversa fortuna. Contrajo matrimonio aquí con doña Catalina Echanes, y dejó tres hijos.

Todo esto, por lo que hace a recuerdos locales que tengan alguna relación con la imprenta, ya que en Valparaíso todavía no contábamos con ningún establecimiento tipográfico, propiamente dicho.

El Gobernador local, don José Ignacio Zenteno, se felicitaba en 1822 del progreso alcanzado en todos los ramos por el modesto vilorrio que en el año de la independencia no llegaba a cinco mil habitantes. Y al efecto, menciona 31 casas de comercio por mayor, fuera de los establecimientos de menudeo; cafés, fondas, billares y posadas; cuatro fábricas de salar carnes; el arsenal, etc., etc.; pero no menciona ninguna imprenta, porque no la teníamos todavía.

Quando en 1825 vino a establecerse en Valparaíso el padre del escritor más fecundo de la América española, trajo consigo una imprenta pequeña, pero de mayor categoría en sus componentes, que iba a desempeñar por acá muy luego un papel importantísimo. Don Pedro Félix Vicuña, ilustre político del bando pipiolo, fué el introductor de la imprenta en Valparaíso. Se entiende que hablamos de imprenta donde

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"JOSE TORIBIO MEDINA"



EL GENERAL SAN MARTÍN, QUE EN 1817 TRAJÓ A CHILE
LA SEGUNDA IMPRENTA.

se editara alguna hoja periódica, porque en el **Diario** de María Graham puede verse esta anotación curiosa de la celebrada viajera inglesa, correspondiente al 3 de Enero de 1823:

«Hoy armé la prensa litográfica, en la carpa de Lord C6chrene, para imprimir la siguiente proclama a los chilenos, que espero tener lista mañana... Mr. C.. que conoce el manejo de la prensa mejor que nosotros, se ha ofrecido para ayudarnos a sacar las reproducciones»

Dos días después, el **Diario** escrito en Quintero anota: «Trasladamos la prensa litográfica a mi carpa, donde podemos trabajar con más libertad a cualquiera hora, sin interrumpir ocupaciones ajenas y sin que tampoco nos interrumpan. El trabajo habría marchado a las mil maravillas, si no fuera que la tinta enviada por los fabricantes de prensa para la exportación es tan mala, que nos vemos obligados a renovar la escritura en la piedra con mucha frecuencia; de modo que en igualdad de tiempo, podríamos haber hecho a pluma el mismo número de copias».

Bastan estas palabras para comprender la naturaleza de aquella prensa litográfica, como la califica María Graham, y que apenas serviría para la impresión de algún cartelillo liliputiense o poco más, como en realidad fueron en su estructura material las dos sentidas proclamas con que se despidió Lord C6chrene en Quintero: una dirigida a los chilenos, «mis compatriotas», según nos dice con afecto, y la otra a los comerciantes ingleses de Valparaíso..

En cambio, la imprenta de don Pedro Félix Vicuña reunía, aunque en pequeño, todos los elementos de un taller tipográfico, en su montaje conocido y usual, y no tardaría en ensayarse debidamente. En efecto, el 26 de Enero de 1825 hacía su entrada a Valparaíso la corbeta «Chacabuco», siendo portadora de la gran nueva de la victoria de Ayacucho, obtenida el 9 de Diciembre del año anterior.

Sin pérdida de tiempo, don Pedro Félix Vicuña, que era entonces un mozo de veinte años alistó la imprenta y compuso por sus propias manos el **Boletín** que anunció a los porteños la noticia de la batalla definitiva de la América Española.

Correspondiente a ese mismo año de 1825, conocemos otra hoja, que tiene como pie «**Imprenta del Comercio, Valparaíso**», y cuyo título reza en la portada: «**Manifiesto del sargento mayor don Estanislao Martínez, con motivo de su destierro por Bolívar**».

En la obra de don Felipe Larrazábal, publicada en Nueva York en 1863, con el título de «La vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar» (Tomo 1, pág. 247), vienen alusiones muy desfavorables en torno de este asunto para el jefe chileno. Se dice, por ejemplo, que en Abril de 1824 el Libertador había marchado al departamento de Huamachuco, y que allí fué necesario establecer una maestranza para volver a herrar la caballada. Y luego nos cita el autor un testimonio ajeno, en esta forma: «El Libertador (refiere el ayudante López) encargó este trabajo a un sargento mayor, hijo de Chile (cuyo nombre no me acuerdo), que se hallaba sin destino, y que, buscándolo, había venido al cuartel general. Apenas hacia dos días que se ocupaba en este encargo, cuando recibió el Libertador avisos confidenciales de que un jefe del ejército estaba encargado por los enemigos de asesinarle; y, aunque no le decían al Libertador quién era ese jefe, ni su nombre, le acompañaban su filiación».

Muy deleznable, y hasta ridícula, era la prueba que sirvió para determinaciones que empañaban el honor de un jefe chileno; y de ahí que éste pudo defenderse con éxito por medio de una hoja editada en la «**Imprenta del Comercio — Valparaíso, 1825**», — como reza al pie.

Esta imprenta era la de don Pedro Félix Vicuña, para imprimir algunos volantes sueltos de poca consideración y con la cual tampoco podía contarse con regularidad. Lo prueba el hecho de que para una ruidosa reunión popular verificada en Valparaíso el 30 de Septiembre de 1825, acto que Freire calificó de sedicioso, pero que tuvo todo el amparo de las autoridades locales, los carteles de invitación hubo que hacerlos manuscritos, y así circularon por la ciudad entera; y los diversos opúsculos publicados luego sobre aquellas incidencias locales, de tantas proyecciones, la más grave de las cuales vino a ser la renuncia misma del ilustre Gobernador don José Ignacio Zenteno, se imprimieron en Santiago en la **Imprenta Nacional**.

El principal de estos opúsculos, de sólo cinco páginas, tiene este título: «Manifiesto a los pueblos sobre las razones que movieron a los vecinos de Valparaíso para los sucesos del 30 de Septiembre de 1825, por don José Silvestre Lazo». Ardoroso federalista, el señor Lazo, autor del opúsculo, era diputado por Valparaíso.

Sea que las instalaciones tampoco estuviesen completas, o que el dueño de la imprenta se viese solicitado de preferencia por sus tareas comerciales, el hecho es que sólo un año más tarde vinimos a

tener en Valparaíso el primer periódico. Fué su fundador, redactor y cajista don Pedro Félix Vicuña, según funciones que precisaba su propio hijo don Benjamín Vicuña Mackenna, en un artículo de recuerdos. Don Pedro Félix Vicuña aparece más tarde con honrosa carrera política, de publicista, diputado y senador en diversos períodos.

«El Telégrafo Mercantil y Político» apareció en Valparaíso el 3 de Octubre de 1826 y era una simple cuartilla de papel, de que alcanzaron a salir a la calle 89 números, al precio de medio real. Servía de regente en esta modesta hoja suelta, la primera que hubo en Valparaíso, don Ignacio Silva, a la sazón modesto empleado de aduana, pero que tenía más gusto por la tipografía que por las disposiciones del arancel.

En cuanto a uno de los ayudantes que tuvo, mencionaremos a José Escobar, muy diestro más tarde, y que aprendió a leer conjuntamente con aprender a parar tipos... Este es uno de los primeros tipógrafos que cultivaron el arte en Valparaíso, consagrándose enteramente a él; porque después pasó al «Mercurio de Valparaíso», trabajando allí desde su primer número. Un hijo del mismo nombre también fué tipógrafo.

Después del «Telégrafo Mercantil y Político», que fué nuestro primer periódico, el 14 de Abril de 1827 aparecía otra hoja, «El Observador de Valparaíso», periódico inspirado y dirigido por don Diego Portales; pero su vida fué todavía más efímera que la de su antecesor. Vicuña Mackenna dice que Portales había comprado en \$ 2.400.00 esa imprenta, la única que existía en la ciudad, o sea, la de don Pedro Félix Vicuña.

Pero nosotros tenemos dudas sobre si la negociación se perfeccionó o no, primero, por las poquísimas hojas que salieron a luz del periódico de Portales; y, luego después, porque don Pedro Félix Vicuña aparece en Agosto del mismo año aportando su imprenta para refundirla con otra que trajo por acá el joven tipógrafo norteamericano don Tomás G. Wells y sacar con las dos juntas una nueva hoja que se llamaría «Mercurio de Valparaíso».

De aquellas dos imprentas, que cupieron juntas en una pieza redonda alquilada a la subida de la Matriz, y de aquella sociedad chileno-norteamericana, nació, el día 12 de Septiembre de 1827, el «Mercurio de Valparaíso». Además de Vicuña y de Wells, figuraba en la sociedad don Ignacio Silva, el ex regente del «Telégrafo Mercantil y Político», con otro empleo de funciones aduaneras.

Después de la batalla de Lircay (17 de Abril de 1830), don Pedro Félix Vicuña se substraigo de toda participación en la empresa (un año antes lo había hecho don Ignacio Silva); y ya en 1833 no quedaba ninguno de los primitivos socios, porque el tipógrafo norteamericano don Tomás G. Wells, como dueño único, suscribió entonces una compraventa, haciendo pasar el negocio a otras manos.

Pero, ni como socio ni como propietario exclusivo de la imprenta, el señor Wells, que era un extranjero al cual le faltaban hasta el conocimiento regular del idioma y las relaciones políticas, tuvo nunca parte ni chica ni grande en lo que se llama la dirección de un diario. Progreso tipográfico tampoco se nota en ese período, como si el impulso de ese orden le hubiese estado reservado íntegramente al afamado tipógrafo español don Manuel Rivadeneira, que adquirió más tarde la empresa, y a don Santos Tornero, de la misma nacionalidad, que vino en seguida.

Después de la batalla de Lircay, también estuvo prestando sus servicios como tipógrafo en Valparaíso don José Camilo Gallardo, hijo del antiguo impresor del mismo nombre, de quien hicimos ya recuerdos. Don José Camilo Gallardo, hijo, era oficial dado de baja después de Lircay; y apresado, entre otros, logró su libertad con la promesa de no volver a mezclarse en estas contiendas.

*
*
*

Aparte de la imprenta del «Mercurio de Valparaíso», teníamos el establecimiento de la Imprenta del Comercio, que se había instalado en 1829; la Imprenta Cosmopolitana, en 1833, y la Imprenta Liberal, en 1839. Sólo la primera fué un establecimiento con larga vida.

Por ese tiempo salieron a luz en Valparaíso «El Vigía», periódico semanal que principió el 3 de Junio de 1828 y que fué redactado por don Gaspar Camdano y don Diego Portales; «El Avisador de Valparaíso», diario político y mercantil, que salió a luz el 16 de

Febrero de 1829; "El Crisol", que apareció seis meses más tarde; "El Azote de la Mentira", al año siguiente, y "El Cosmopolita", diario mercantil, político y literario, que se fundó el 30 de Abril de 1833.

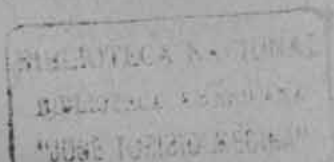
Todas estas publicaciones, en general sin mucha consistencia, fueron desapareciendo con la misma facilidad con que se fundaban; pero, con todo, exigían en su servicio un mayor número de operarios de imprente.

En 1840 se fundaron en Valparaíso un diario, "La Bolsa", el 21 de Mayo, y un periódico, "La Reforma", el 4 de Julio. En ese mismo año, se estableció la primera litografía, como fué la "Litografía Porter"; y luego tuvimos el establecimiento del afamado tipógrafo español don Manuel Rivadeneira, editor más tarde, en su patria, de la célebre Biblioteca de Autores Españoles, o Biblioteca Rivadeneira.

Instalado primero con un taller modesto, en el cual alcanzó a hacer algunas publicaciones hoy rarísimas y que llevan al pie la indicación de "Imprenta Rivadeneira, Valparaíso", en el mes de Septiembre de 1840 adquirió la propiedad de la Imprenta de «El Mercurio», ayudado de buenos fiadores.

Procediendo a una saludable renovación en todos los ramos, en Junio de 1841 el nuevo propietario anunciaba sus propósitos de fundar una sección editorial, con el objeto de dar a conocer las obras fundamentales que en materia de conocimientos científicos, artísticos y literarios necesitaba el país. Por ese tiempo, la industria editora en Chile no estaba ni en mantillas. "Esperamos que los buenos ciudadanos—decía el animoso editor español— contribuyan con sus esfuerzos a la feliz realización de nuestras miras, justificando nuestro concepto de que ya es llegado el momento de dar en el país un grande y nuevo impulso a la prensa, saliendo del limitado y efímero círculo del folleto o el periódico".

Sin desanimarse por las dificultades de los primeros pasos, Rivadeneira decía poco después: "Provista esta imprenta de abundantes y selectos medios se propone rivalizar con las impresiones europeas, y dar esta muestra de los progresos que el arte de la tipografía hace en nuestro país, y es así cómo los hombres que se sienten interesados en el progreso de Chile contribuyen por su parte a realizar una de las primeras publicaciones que de alguna extensión se han dado a luz".



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
JOSE TORIBIO MEDINA



DON PEDRO FELIX VICUÑA, INTRODUTOR DE LA PRIMERA
IMPRENTA EN VALPARAISO.

Se refería el señor Rivadeneira a una edición de los artículos de Figaro, editada en Valparaíso en 1841, en condiciones muy superiores a la edición análoga en Madrid. Pero la permanencia del animoso editor en Valparaíso no fué larga; y al año siguiente, en el mes de Septiembre, vendió sus derechos a un connacional, que a justo título debe considerarse entre los espíritus que más hicieron en Chile por el adelanto del arte tipográfico: hemos nombrado al editor don Santos Tornero, que por tantos años fué dueño de la Imprenta de "El Mercurio", siguiendo el plan de su antecesor, y aun incrementándolo notablemente.

El 1.º de Febrero de 1842, empezó a publicarse en Valparaíso "La Gaceta del Comercio", diario fundado por don Nicolás Pradel y que después redactaron don Demetrio Rodríguez Peña, don Juan José Cárdenas y don Juan Nepomuceno Espejo. Los periódicos porteños "El Público", en 1845, y "El Cívico de Valparaíso", presentan corta vida. En cambio, tuvo buena fortuna "El Comercio de Valparaíso", diario comercial, noticioso y administrativo, según se llamaba, que vió la luz pública el 20 de Noviembre de 1847. Ahí trabajaron, entre otros, don Bartolomé Mitre y don Juan Bautista Alberdi, que entonces se habían asilado en Valparaíso, huyendo de la tiranía de Rozas.

En especial me voy a referir a Mitre, prócer americano, con un rasgo muy olvidado de su permanencia en este puerto. Y es que cuando él llegó a nuestras playas, buscando un asilo que tres pueblos sudamericanos le negaban, trabajó primeramente de tipógrafo, antes que como periodista.

A su descenso del sillón de primer magistrado del país, don Bartolomé Mitre cogió de nuevo la pluma del periodista y también el componedor de Franklin, según él decía y fundaba, en 1869, el gran diario «La Nación», uno de los órganos de publicidad que mayor influencia han ejercido en América. Es curiosa la carta que por esos días dirigió el ex presidente de la República Argentina a Juan Carlos Gómez, dándole cuenta de sus proyectos y con una referencia al pasado:

«Voy a hacerme impresor—le decía,—y me falta el tiempo material para hacer muchas cosas a la vez. Hijo del trabajo, cuelgo por ahora mi espada, que no necesita mi patria, y empuño el componedor

de Franklin. Invito a usted a venir a visitarme en la imprenta, comprada, no con mis capitales, sino por una sociedad anónima, de la que seré siempre accionista y gerente. Allí, en medio de los tipos y de las prensas, me encontrará usted en el punto de partida... Me conoció usted en Valparaíso, de impresor y redactor de un diario, que luego pasó a ser de su propiedad... ¡Salud, amigo, en nombre de Gutenberg! ¡Salud en nombre de Franklin!»

Pero hay todavía un documento mucho más explícito que citar, relacionado con la propia *Sociedad Tipográfica de Valparaíso*, respecto de la característica de una labor que mantuvo por acá don Bartolomé Mitre, en la Imprenta de «El Comercio».

En los primeros meses de 1883, el prócer argentino visitó nuevamente a Valparaíso, antes de dirigirse a Europa, por segunda vez. El general, en los pocos días de su permanencia aquí, recorrió toda la población, felicitándose sinceramente de los progresos alcanzados en más de treinta años que él no la veía. Y luego hubo aquí la manifestación más original, y fué el saludo de los antiguos tipógrafos del señor Mitre—varios de ellos fundadores de la *Sociedad Tipográfica*—que se presentaron en grupo, llevándole una artística tarjeta concebida en estos términos:

«Al eminente literato, ex Presidente y General de la República Argentina, los abajo firmados, los antiguos tipógrafos de este puerto, trabajadores de su imprenta y diario titulado «El Comercio», de los años 1850, 51 y 52, siendo todos apreciadores de los méritos que adornan al distinguido y brillante escritor liberal don Bartolomé Mitre, tienen la grata satisfacción de darle, al venir por segunda vez a nuestro país, la más cordial bienvenida, deseándole salud y prosperidad.—*Juan R. Farmer.—Roque Daniel.—Tomás Tapia.—Juan G. Araos.—José Rivadeneira.—Manuel Calderón.—José Escobar.—Antonio González*».

El encargado de hacer entrega de esta ofrenda, fué don Tomás Tapia, quien lo hizo en frases por demás halagadoras, propias del sentimiento más sincero. El señor Mitre agradeció mucho esta atención, y al día siguiente enviaba a los tipógrafos la nota que vamos a ver:

«*Valparaíso, Abril 13 de 1883.—Señores Juan R. Farmer, Roque Daniel, Tomás Tapia, José Escobar y Antonio González:*

«He tenido la satisfacción de recibir la tarjeta de bienvenida que como antiguos tipógrafos de la imprenta y diario «El Comercio», de

Valparaíso, que hace treinta y tres años dirigía en esta ciudad, me han hecho el honor de dedicarme con expresiones de simpatías que obligan mi gratitud.

«Esta cordial manifestación de mis antiguos compañeros de trabajo en este país, que recibo como una nueva muestra de la noble hospitalidad chilena, así en la desgracia como en la prosperidad, ha traído a mi memoria los días en que unidos observábamos el precepto evangélico de ganar modestamente con el sudor de nuestra frente el pan de cada día, fortaleciendo en comunidad nuestro espíritu.

«Entre los títulos míos que ustedes consignan en su tarjeta, olvidan en ella que soy ex Presidente de la República Argentina; y con este motivo, yo debo recordarles, a mi vez, que me separé de su lado para ocupar ese alto puesto, y que, al dejarlo, obedeciendo a la ley de la democracia, me honré en volver a tomar el de tipógrafo, con que ustedes me conocieron y con el cual me honro, imitando el ejemplo de Franklin, el padre y el Numen de los tipógrafos del Nuevo Mundo que manejan conscientemente los tipos de imprenta.

«Quieran ustedes recibir con mis agradecimientos el afectuoso saludo que dirijo a todos y cada uno, como su antiguo compañero de trabajo de otro tiempo, y hoy como el amigo y el huésped que les desea felicidad. — **Bartolomé Mitre**».

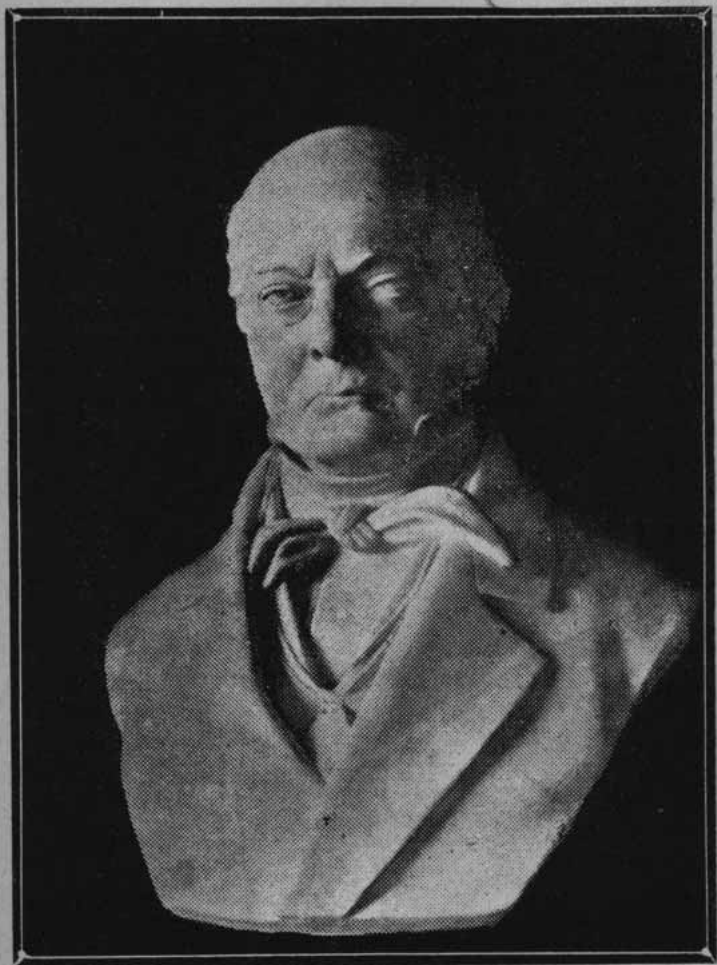
Verdaderamente, habríamos deseado que este importantísimo documento, que toca tan de cerca a la **Sociedad Tipográfica de Valparaíso**, hubiese figurado en la Memoria excelentemente dispuesta, que, con ocasión de los 75 años de su vida, acaba de editar la expresada sociedad, en medio de congratulaciones a que todos nos asociamos sinceramente.

*
* *

Con el impulso dado por el tipógrafo Rivadeneira, desde que comenzó a García del Río, ya viejo y pobre, la revista del «Museo de Ambas Américas», que con tanto brillo editó en Valparaíso, este puerto pasó a tener el prestigio de un centro editorial ganado sin competidor.

Es una honra para la imprenta porteña el haber lanzado por sus prensas, en 1844, los «Principios de Derecho Internacional», de don

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"



DON ANDRES BELLO.

Andrés Bello, Alberdi, Frías y Mitre, publicaron diversos libros; el último, su novela «Soledad», en 1848. Del mismo modo, aparecieron multitud de opúsculos que se referían a cuestiones de la política interna de los países vecinos. La enumeración prolija nos demandaría demasiado tiempo.

Fundáronse la **Imprenta Patriótica**, en 1845; la **Imprenta Europea**, en 1847; la **Litografía Barrera**, en 1843; la **Litografía Lebas**, en 1854 y más tarde, la **Imprenta Mecánica y Litográfica**.

Con talleres propios, apareció en Valparaíso, el 2 de Junio de 1851, «El Diario», fundado por Juan Carlos Gómez. Nos dará una idea del progreso de la industria tipográfica en Valparaíso, el siguiente dato estadístico, que nunca se ha recordado. Según el censo oficial de 1854, teníamos aquí entonces **setenta y siete** personas con la profesión de tipógrafo, y que trabajaban en el ramo; al paso que en Santiago ese número apenas era sobrepasado por **cinco** personas más. En Valparaíso había **diez litógrafos**, y en Santiago, **ninguno**. Tal era la situación en 1854.

En ese mismo año, la Imprenta editorial de don Santos Tornero publicó el primer libro, cronológicamente hablando, de los cien que había de escribir en Chile sobre los más variados tópicos ese autor de tanto renombre, que vive en un limbo luminoso por su espíritu privilegiado y que fué Miembro Honorario de la **Sociedad Tipográfica de Valparaíso**. Ya sabemos su nombre: don Benjamín Vicuña Mackenna.

Titúlase ese pequeño libro de que hablo «**Estudios sobre la Agricultura europea**. Carta dirigida al señor don Rafael Larraín por Benjamín Vicuña Mackenna, alumno del Real Colegio de Agricultura de Cirencester, en Inglaterra». Es un volumen en 8.º, de 138 páginas, con láminas, editado, en efecto, por don Santos Tornero en 1854, y que hoy constituye una reliquia bibliográfica, verdadera desesperación de los coleccionistas.

Conviene saber que en la portentosa fecundidad de Vicuña Mackenna, la mayor parte de sus libros del primer tiempo se editaron en Valparaíso, inclusive los dos volúmenes de la **Historia de Santiago**; pero en los últimos años monopolizó, casi, esas publicaciones el editor don Rafael Jover, quien seguía en Santiago la senda de un antiguo connacional suyo; así como en Valparaíso hizo lo mismo don Julio

Real y Prado, el cual se formó de tipógrafo en la propia imprenta de don Manuel Rivadeneira, en Madrid.

La **Imprenta Cervantes**, de don Rafael Jover, popularizó las obras de Vicuña Mackenna en Chile y en el extranjero; pero la parte más escasa de esa extensa Bibliografía corresponde, repito, a la producción de las prensas de Valparaíso.

Por lo demás, aquel ilustre Miembro Honorario de la **Sociedad Tipográfica de Valparaíso** estaba en una imprenta como en su casa; y con la actividad febril que fué su característica, poco le faltó para trabajar también con el componedor mismo. Don Benjamín Vicuña Mackenna conocía todas las imprentas de Valparaíso y de Santiago, en todos y cada uno de sus rincones. No necesitaba entenderse con la oficina ni con el regente. Llegaba a una imprenta, y se dirigía por sí mismo a lo que necesitaba: al cajista, al prensista, al corrector de pruebas, a la sección de encuadernación, etc. Se le dejaba entrar a todas partes y ordenarlo todo, porque en todas las imprentas se le miraba como una especie de dueño de casa.

Como tenía el don de estar a la vez en todas partes, y de hacerlo todo a la vez, casi siempre llevaba él mismo los originales y él mismo iba a buscar sus pruebas. Los manuscritos eran formidables: se hizo proverbial su mala letra, caligrafía única, especie de escritura taquigráfica de pequeños puntos, rayas y curvas. Y, a pesar de las desesperaciones que les causaba, los tipógrafos lo querían entrañablemente. Era su gremio favorito, y ellos le devolvían ampliamente su predilección. En algunas imprentas hubo cajistas destinados especialmente a componer originales de don Benjamín Vicuña Mackenna; y estaban, al fin, tan habituados a sus jeroglíficos, que no ponían en ellos más errores que si se les diese un trozo impreso.

Vicuña Mackenna, cuando joven, conoció de tipógrafo a un modesto joven, llamado a ocupar más tarde un sitio honroso en nuestra literatura, como periodista, escritor de costumbres y dramaturgo. He nombrado antes «La Gaceta de Comercio», de que tenemos una colección en la Biblioteca Severín; y ahora llega el momento de agregar que en 1848 había comenzado allí su carrera, de simple aprendiz de tipó-

grafo. aquel modesto joven que, como escritor, dedicó más tarde las «**Costumbres chilenas**», uno de sus libros más celebrados, a don Benjamín Vicuña Mackenna, por quien sentía tanta admiración.

Me refiero a Román Vial, tan intimamente ligado a la historia de la **Sociedad Tipográfica de Valparaíso**. Cuando el 18 de Septiembre de 1853 un pequeño grupo de profesionales daban en Santiago los primeros pasos para constituir una Sociedad Tipográfica, Román Vial, obrero de taller, escribió un artículo en «La Gaceta de Comercio», para manifestar que una acción análoga debía esperarse en Valparaíso e insistió sobre la idea algo más tarde.

Al fin, con la propaganda más perseverante; el proyecto vino a tener su realización, como sabemos, el 6 de Mayo de 1855, año y medio después que en Santiago. Román Vial, que fué el alma de los primeros trabajos, redactó también los primeros estatutos, así como fué después el secretario de la sociedad y uno de sus miembros de más prestigio.

Román Vial, repetimos, principió su carrera bajo los modestos auspicios que acompañaban, un siglo antes, al obscuro comienzo de Benjamín Franklin. También Julio Michelet, el más pintoresco y uno de los más inspirados entre los historiadores de la Francia, tenía el mismo sencillo oficio, como fué tipógrafo en Norte América, Horacio Greeley, el candidato de los demócratas y republicanos liberales de 1872, en la lucha para la Presidencia de la República.

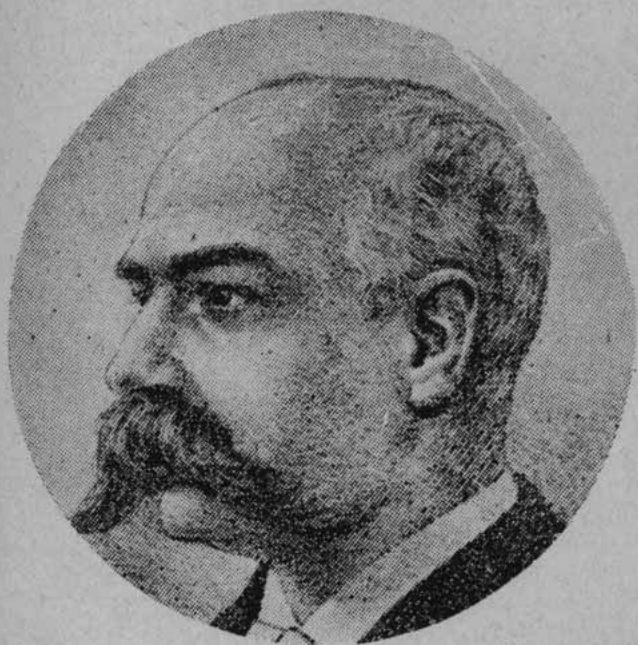
Dos años antes que Román Vial, en 1846, se había incorporado como tipógrafo a la Imprenta de «El Mercurio», don Julio Bertein, conocido más tarde por el acaudalado industrial que fomentó la industria de la refinera de azúcar en Viña del Mar. Santiago Toro, antiguo tipógrafo de «El Mercurio», estaba llamado a figurar como impulsador de la minería en la inmensa región de Atacama.

Inteligencias superiores, como Eloy T. Caviedes, Nemesio Marambio, Tomás Julio González, que se manifestaron con brillo en las columnas de la prensa, trabajaron primero aquí como tipógrafos; de igual manera que Leonardo Eliz, escritor de tanta popularidad y catedrático, ex vice-rector del Liceo de Valparaíso, estuvo dedicado primeramente, al mismo oficio. En Santiago, habría que citar a Fano Velásco, José Santos Valenzuela, Jacinto Núñez, y tantos otros que se levantaron hasta tocar la cima de la gloria y de la fortuna.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA LEGISLATIVA

"JOSE TORIBIO MEDINA"



DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

El verdadero mérito se levanta siempre, tanto más cuanto de más abajo sube; así como hay grandes caídas, hay grandes ascensos. Pero, concretándonos nuevamente a los recuerdos locales, diremos que Román Vial pasó, en 1858, del taller tipográfico de "La Gaceta de Comercio". a la crónica de "El Diario", órgano fundado en Valparaíso por Juan Carlos Gómez.

Y al año siguiente, ocupaba igual puesto de cronista en "El Mercurio", en donde permaneció por espacio de cuarenta años, sin descanso. Grandes y brillantes plumas redactaron durante largos espacios la sección editorial de ese diario. Habría que mencionar, por lo menos, una docena de nombres ilustres, desde don José Antonio Torres, don Isidoro Errázuriz, don Benjamín Vicuña Mackenna, don Joaquín Godoy, don Camilo Enrique Cobo y otros, hasta don Manuel Blanco Guartín, que se mantuvo veinte años en la brega diaria de la pluma. Entre los que vinieron después mencionaremos solamente tres: don Miguel Luis Amunátegui, don Máximo Lira y don Hermógenes Pérez de Arce. Pero al lado de todas esas personalidades que se sucedieron; en lugar fijo respetado tradicionalmente, proseguía su camino paciente y laboriosamente, Román Vial.

Es menester un conocimiento no superficial de lo que son las cosas de imprenta, para saber lo que significa esta frase: cuarenta años en la brecha de cronista. Es preciso haber sentido ese como olor a pólvora, aquella a manera de fiebre que invade el organismo y que lo consume inevitablemente, para comprender la energía moral y el desgaste nervioso de un hombre que trabaja cuarenta años en la prensa, haciendo labor diaria.

Hay algo de melancólico y de gris en aquella tarea tan ingrata del periodismo, en que se vive al día, sabiendo anticipadamente que las producciones de nuestro propio espíritu habrán de ser sepultadas al nacer, en germen todavía. Esa leyenda eslava de una madre obligada a sacrificar sus propios hijos, que arrojaba del trineo a los lobos que estaban a punto de cogerla, para darse un respiro y huir más lejos, retardando tan sólo por instantes la hora del turno de su muerte, es la historia eterna de la prensa, entendida en los que le ofician ante el Altar, quemando el fósforo de su cerebro.

Y así llegó para Román Vial el 1.º de Mayo de 1896. Como de costumbre, según se refiere, asistió a su oficina de redacción y distribuyó a los cajistas las carillas de la primera crónica del día. Por la noche, después de un breve paseo por el Puerto y otra vez en la fae-

na, leía un diario de la tarde, cuando le acometió un violento ataque de angina.

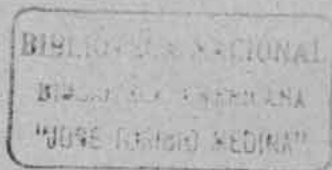
El público pudo leer al lado de la noticia del súbito fallecimiento de Román Vial, los últimos sueltos que éste mismo había escrito en su mesa de trabajo, para la labor diaria, arrojada a ese abismo destinado a no colmarse nunca que es la prensa.

Otra coincidencia curiosa: con la sepultación de los restos de Román Vial se inició el cumplimiento de un decreto expedido por el Primer Alcalde don José Tomás Ramos, que reglamentaba el recorrido de los acompañamientos fúnebres para no obstruir el tránsito. Ese decreto tiene la fecha 1.º de Mayo de 1896, y Román Vial lo había estado pidiendo en la víspera no más, desde la crónica de su diario.

Entre las coronas que se vieron entonces en el féretro de Román Vial, figuraba una que decía: "La Sociedad Tipográfica de Valparaíso".

Y cuando esta Sociedad, de que fué él uno de sus fundadores más conspicuos, cumple ya setenta y cinco años de vida, tejamos en torno de la memoria del meritorio y esforzado chileno otra corona de recuerdos que envuelva todo nuestro afecto más sincero por su labor gigantesca y sin mácula.

He dicho.



Camilo Henríquez y la publicación de la "Aurora de Chile".

(Un homenaje con motivo de la primera celebración del Día de la Prensa, que se verificó en el Teatro Victoria de Valparaíso).

Conmemorando el 112.º aniversario del primer periódico.—La iniciativa del Círculo de la Prensa de Valparaíso.—Las hojas de «La Aurora», son los pañales del diarismo nacional.—Camilo Henríquez, el fraile de la Buena Muerte.—Cómo lo retrata el sacerdote realista Fray Melchor Martínez.—El apareamiento de «La Aurora» el 13 de Febrero de 1812.—La completa independencia que se pide desde aquellas columnas.—Algunas muestras de los artículos publicados entonces.—Camilo Henríquez, diputado suplente por Valparaíso, en 1823.—El último día del primer periodista nacional.

(De «La Unión» de Valparaíso, del 13 de Febrero de 1924)

Con una velada solemne dispuesta por el Círculo de la Prensa de Valparaíso, se conmemorará hoy el 112.º aniversario del apareamiento de «La Aurora de Chile», cuyo primer número corresponde al jueves 13 de Febrero de 1812, que fué ciertamente un día único, una fecha de excepcional importancia y significación en los albores de la República.

Las hojas impresas de ese primer periódico, que son como los pañales del diarismo nacional, forman también el pedestal de más notoriedad para Camilo Henríquez, a quien cupo la envidiable gloria de haber esgrimido, antes que ningún otro chileno, el arma de la pluma en defensa de los intereses y de la libertad de la patria. No es hipérbolo decir que entre las grandes figuras de la generación de 1810, ninguna se diseña en el horizonte del pasado, más simpática, más original, más limpia de toda mancha, que la de ese ilustre y des-

venturado fraile, que antes que nadie en Chile manejó una imprenta y editó y redactó un periódico, abogando en esas columnas con caurosa elocuencia por los fueros conculcados de la humanidad.

«La Aurora de Chile», fué el programa, la profesión de fe política, social y económica de la revolución. Con los sombríos colores que le inspiraba el odio a la tiranía, pintó los vicios y torpezas del despotismo colonial y la misérrima postración en que al país tenía sumergido, esforzándose por demostrar en seguida los sagrados derechos del pueblo y la justicia de la revolución, que él llamaba el acontecimiento más memorable que hubieran visto los siglos.

Camilo Henríquez, quiso hacer de la prensa el oráculo de la opinión pública,—única base firme de los nuevos Gobiernos—un magisterio sagrado, una especie de sacerdocio a que no alcanzaran las pasiones y miserias de los partidos. Pero, colocado en las difíciles circunstancias de aquel entonces, que requerían hombres de pensamiento y acción, reclamaba para ese sacerdocio el derecho de predicar la guerra santa, que mantuviera vivo el espíritu revolucionario.

Cuando los generales reclutaban los ejércitos de la patria, y no encontraban algunas veces más que al soldado-máquina, escribía él y les enviaba al soldado-ciudadano, de robusto brazo, fortalecido por la conciencia de sus derechos y la santidad de su causa; y mientras aquéllos hacían valer en los campos de batalla la razón de la fuerza, él hacía valer en las columnas de la prensa la fuerza de la razón.

De poco aprovecharía la regeneración política, si no iba acompañada de la regeneración social. El lo sabía; y por eso, a la par que pidió facilidades para el comercio, auxilios para la minería, trabajo para la agricultura, máquinas para la industria, fomento de la inmigración y respeto para sus creencias, pidió también policía de salubridad para las poblaciones, árboles para los paseos públicos, hospitales para los enfermos del cuerpo, y libros y escuelas para los enfermos del alma.

Camilo Henríquez nació en Valdivia y fué educado en Lima; pero la existencia del prócer no transcurrió sin episodios de orden diverso, algunos no bien conocidos aún. Habiendo profesado en el Perú en la orden de San Camilo de Lelis, llamada también de los Padres de la Buena Muerte, fué sorprendido por el Tribunal del Santo Oficio

en la defensa de opiniones heterodoxas y por ello encerrado en un calabozo. Este grave contratiempo decidió de su carrera posterior; pues, aun cuando pronto pudo recobrar la libertad, su espíritu conservó para siempre el sambenito de sospechoso con que marcábale la Inquisición.

Muy lejos estuvo, sin embargo, de merecer la nota de apóstata, con que le infama un gran crítico, el cual supone que ahorcó los hábitos. La verdad es que, cualesquiera que fueran sus creencias políticas, Camilo Henríquez mantuvo con lealtad sus votos de fraile de la Buena Muerte.

En el corto espacio de poco más de doce años, redactó en Santiago, donde vivía, y en Buenos Aires, a donde se trasladó después de la derrota de Rancagua, diez periódicos de importancia política y social; pronunció elocuente oración en la Catedral de Santiago el día 4 de Julio de 1811, en que inauguró sus trabajos nuestro primer Congreso; cantó a la patria en entusiastas y numerosos himnos; y por fin, escribió dos ensayos teatrales en favor de la independencia de América y de la libertad del pensamiento.

El propio Camilo Henríquez ha suministrado algunos datos de interés sobre sus trabajos, en una publicación fechada en Buenos Aires en Septiembre de 1817. Es particularmente curioso lo que dice al referirse a la prisión en Lima y a cierto viaje que hizo luego al Ecuador.

"Restituido a la libertad y al goce de mi reputación después de haber sufrido una prisión dilatada en los calabozos inquisitoriales, hallé que la casa de los padres de la Buena Muerte de Lima estaba para ser arruinada por una cantidad ingente que debía a Quito; y que, en virtud de una cédula del señor Carlos IV, debían venderse sus posesiones para cubrir aquella deuda.

"Aquellos venerables sacerdotes me habían colmado de beneficios, me habían educado, me habían amparado en mi pobreza y en mi prisión habían desplegado su conocida generosidad. Yo no dudé emprender un viaje a Quito para servirlos. Me dieron honorables recomendaciones muchas personas. Recibí en Quito singulares favores del señor Obispo Cuero y Caicedo, y de otros ciudadanos.

"La invasión de España, las grandes turbaciones que preví habían de seguirse, y la melancolía, que me habían dejado mis pasados infortunios, me inspiraron el deseo de vivir en obscuro retiro en lo interior del Alto Perú en un colegio de mi congregación. Con este designio llegué a Valparaíso, pisé el suelo patrio no sin lágrimas".

Llegado a Valparaíso a fines del año de 1810, Camilo Henríquez se incorporó de lleno al movimiento revolucionario, dejando de mano todos sus demás proyectos. "Por todo esto — añade él mismo — no me fué ya posible trasladarme al Perú. Ni era decente, ni era conforme a mis sentimientos que yo no ayudase a mis paisanos en la prosecución y defensa de la causa más ilustre que ha visto el mundo".

Aquel fraile que había abrazado con calor la causa revolucionaria y que se había ligado estrechamente con personajes cuyas opiniones exaltadas eran por demás notorias, tenía que causar cierto escándalo en mucha parte de la sociedad de entonces, principalmente en el clero español. Fray Melchor Martínez en su *Memoria Histórica*, enumera a Camilo Henríquez entre los que organizaron en Santiago patrullas de ciudadanos para sofocar el motín que el 1.º de Abril de 1811 promovió el coronel don Tomás de Figueroa; y con este motivo le llama «apóstol y secuaz de la doctrina de la independencia que después de haberla propagado y revolucionado en Quito, se hallaba fugitivo activando la de Chile».

El sacerdote y cronista español no podía mirar con buenos ojos al fraile chileno, sobre todo por el aparato marcial de que apareció rodeado éste en su primera exhibición pública. Pero lo que vino en seguida fué mucho peor todavía. Si bien las ideas de la independencia eran repetidas y conversadas por muchos, todo esto se hacía como entre cuatro paredes y con grandes precauciones. Camilo Henríquez expresó esas mismas ideas por escrito, a la faz del pueblo y sin ambages; fué él quien primero se atrevió a preguntar, no a sus amigos de confianza, sino a la nación toda, qué fecha tenía y qué firmas autorizaban al pacto que convertía a Chile en colonia de España; fue él quien primero se atrevió a sostener que la dominación española, lejos de apoyarse en algún derecho, pugnaba contra las leyes de la naturaleza, que había colocado entre nosotros y ese rincón de la Europa la inmensidad del océano.

Todas estas opiniones están terminante y largamente desarrolladas en una proclama manuscrita, que hizo circular cuando se trataba de elegir diputados para el Congreso de 1811, y que el historiador realista ya citado, tuvo la buena inspiración de copiar en su obra para que no pudieran hacerse objeciones contra la autenticidad de un documento tan altamente honroso para Camilo Henríquez.

Lo que éste había expresado por escrito en una proclama, lo dijo también poco después, de viva voz, desde el púlpito, aunque con más

prudencia y disimulo, el memorable 4 de Julio de 1811, cuando los diputados del primer Congreso pasaron a la Iglesia Catedral a implorar la asistencia del cielo, antes de ir a ocupar sus asientos en la sala de sesiones. En ese sermón procuró demostrar con citas y pasajes de la Biblia la misma doctrina que antes habia defendido con los argumentos del sentido común; y sostuvo con grande escándalo de muchos y aprovechamiento de pocos, que los pueblos poseían ciertos derechos que no podían enajenar por ningún convenio, y a los cuales nunca alcanzaba la prescripción.

Pero la actuación de más relieve en Camilo Henriquez, corresponde, sin duda alguna, al día 13 de Febrero de 1812, cuyo 112.º aniversario conmemora hoy el Círculo de la Prensa de Valparaíso. Testigo de ese fausto suceso, el historiador español, fray Melchor Martínez, describe así, con despecho no disimulado, el apareamiento de «La Aurora de Chile»:

«No se puede encarecer con palabras el gozo que causó su establecimiento. Corrían los hombres por las calles con una **Aurora** en la mano; y teniendo a cuantos encontraban, leían y volvían a leer su contenido, dándose los parabienes de tanta felicidad y prometiéndose que por este medio se desterrarían la ignorancia y ceguedad en que hasta ahora habían vivido, sucediendo a éstas la ilustración y la cultura, que transformarían a Chile en un recinto de sabios...

«Para editor y maestro, que debía aumentar y formar la opinión del público, fué elegido por el Gobierno un fraile de la Buena Muerte, natural de Valdivia, el cual, por haber sido declaradamente secuaz de Voltaire, Rousseau y otros herejes de esta clase, habia sido castigado por la inquisición de Lima; y después de haber tenido buena parte en la revolución de Quito, se hallaba fugitivo en Chile, activando cuanto podía las llamas de su insurrección. Estas cualidades y delincuente conducta, que debían hacerle despreciable en cualquier país arreglado, eran precisamente, sus recomendaciones principales, sin las que seria inútil para el destino.

«Efectivamente, su periódico empezó a difundir muchos errores políticos y morales, de los que han dejado estampados los impíos filósofos Voltaire y Rousseau; aunque en la doctrina del segundo estaba más iniciado, pues traslada por lo común, literalmente, los fragmen-

tos de sus tratados. Todo el afán es probar que la soberanía reside en los pueblos; que los reyes reciben la autoridad de éstos, mediante el contrato social; y que son amovibles por la autoridad del pueblo; que la filosofía ha sido desatendida por el espacio de diez y ocho siglos; pero que ya amanece la **aurora** de sus triunfos, y empieza a levantar su frente luminosa y triunfante, lo que es decir, que la impiedad y el error prevalecen sobre la religión de Jesucristo.

«En cuanto a publicar noticias, se observa, más puntualmente que en los anteriores tiempos, aumentar y fingir las que convencen de la total ruina de la Península, las ventajas de las provincias revolucionadas de América, y la ninguna esperanza ni probabilidad de recobrar su trono Fernando VIII.

Sobre nuestra mesa de trabajo tenemos una colección de «La Aurora de Chile», y una vez más hemos dado una mirada a sus páginas venerables, que tanto asombro causaron a nuestros abuelos. Es claro que hoy no se encontraría motivo para tanto asombro, pero los contemporáneos debían experimentar una impresión muy distinta de nosotros. Era el primer periódico que se publicaba en el país, y sus columnas contenían ideas que, aunque repiten hasta los niños, eran novedades estupendas para entonces.

Sobrada razón tenían los realistas en dezasonarse con el nacimiento de semejante periódico; porque para ellos era más dañoso que la fabricación de armas o el levantamiento de un ejército. La dominación de la metrópoli estaba defendida, no tanto por la fuerza material de los cañones, como por la fuerza moral de las preocupaciones reinantes.

Mas, si los resultados merecían la pena de que se emprendiera esa lucha, el hombre que la tomaba a su cargo, como uno de sus apóstoles de vanguardia, necesitaba de supremo coraje. En aquella época, como en cualquiera otra, pero más entonces que ahora, el periodista, si no se exponía a la muerte, se exponía a los rencores, a las calumnias rastroeras, a la difamación encubierta. Camilo Henríquez, desde el principio, aprendió a costa suya que suele comprarse demasiado caro y aun al precio de la tranquilidad, el honor de pensar en alto y de ser maestro de un pueblo. Sin embargo, nada le arredró; miraba su con-

sagración a la causa pública como un deber que le imponía su calidad de ciudadano. Y por cumplir con ese deber, renunció en el presente a todo sosiego y desprecio para el porvenir la persecución.

Cuando los más contemporizaban y encubrían los proyectos de emancipación bajo el disfraz de una fidelidad hipócrita he aquí lo que decía textualmente Camilo Henríquez en «La Aurora» el 4 de Julio de 1812, refiriéndose al aniversario de la independencia de los Estados Unidos de Norte América:

«Comencemos, pues, en Chile, declarando nuestra independencia. Ella sola puede borrar el título de rebeldes que nos da la tiranía. Ella sólo puede elevarnos a la dignidad que nos pertenece, darnos aliados entre las potencias, e imprimir respeto a nuestros mismos enemigos; y si tratamos con ellos, será con la fuerza y majestad propia de una nación. Demos, en fin, este paso ya indispensable. La incertidumbre causa nuestra debilidad, y nos expone a desórdenes y peligros».

Siguen otras publicaciones del mismo tono, hasta llegar a una del 8 de Octubre, en que las columnas de «La Aurora» proclamaban, por el órgano de su redactor, Camilo Henríquez:

«Tiempo es ya que cada una de las provincias revolucionadas de América establezcan de una vez lo que ha de ser para siempre; que se declare independiente y libre; y que proclame la justa posesión de sus eternos derechos. ¡Amada patria mía!, ya es tiempo que des el gran paso que te inspiran la naturaleza y la fortuna, y que ha preparado tan de antemano y tan felizmente el orden de los sucesos. ¡Proclámate independiente! La independencia te librárá del título de rebelde que te dan tus opresores con insolencia. Entonces, entonces es cuando serán cabecillas tus enemigos ocultos. Esto es lo único que puede elevarte a la dignidad que te es debida, adquirírte protectores, conciliarte respeto y la inapreciable ventaja de tratar con las potencias antiguas, como tus iguales. ¿Por qué estamos tan débiles? ¿Por qué no es una y universal la opinión? Sin duda porque hemos vacilado entre la libertad y la esclavitud, envueltos en eternas incertidumbres, recelando siempre los unos de los otros. Ya no es tiempo de pensar; demasiado hemos pensado. La fortuna nos condujo a la orilla de un río que es necesario o pasar o perecer; y nosotros damos el espectáculo ridículo de quedarnos a la orilla mirándonos las caras unos a otros, dando oídos a unos sofistas despreciables, que llaman

prudencia el extremo de la imprudencia, de la cobardía y la locura, sin advertir que en las grandes liberaciones en que sólo hay un partido que tomar, la demasiada circunspección sólo sirve para perderlo todo, y que en tales casos sólo la audacia salva a los pueblos, y a unos enemigos encubiertos, que sólo pueden darnos consejos péfidos».

El redactor de «La Aurora» se dedicó con laudable celo a desempeñar del mejor modo posible sus funciones de periodista; y como era indispensable el conocimiento del idioma inglés para traducir noticias de Gran Bretaña y de Estados Unidos, a ello se aplicó con suma constancia. Nada puede agregarse en elogio de Camilo Henríquez, como el siguiente curioso párrafo, inserto en el número 9 de «La Aurora», del 9 de Abril de 1812:

«Animado el editor de un vivo deseo de complacer al público y de satisfacer la confianza de la patria, emprendió el estudio de la lengua inglesa, y en el espacio de menos de un mes, se ha puesto en estado de traducir por sí mismo los periódicos ingleses. Sólo los que conocen esta lengua graduarán la grandeza de este trabajo y el mérito de la fatiga».

Debe advertirse que Camilo Henríquez hacía la declaración precedente, no por petulante vanagloria, sino por haber sabido que algunos suponían falsas las noticias publicadas en «La Aurora», sobre algunos impresos de Inglaterra o de Estados Unidos.

Una vez que supo el inglés, movido por el propósito de exaltar el patriotismo de sus conciudadanos, tradujo muchas piezas de oportunidad, que suministraban provechosa enseñanza en medio de la conflagración de la América Española. Otras veces venían comentarios adecuados, como el siguiente artículo sobre el progreso asombroso de los Estados Unidos después de su independencia:

«La educación, este gran principio de la prosperidad pública, garante de la libertad y de la constitución, no se ha puesto en olvido. Todos saben leer y escribir. En casi todos los estados, se han establecido escuelas públicas, de modo que el más pobre no pasa por el dolor de ver a sus hijos criarse en la ignorancia. En todas las casas, aun las más pobres, se encuentran libros y gacetas. Todos leen, todos piensan y todos hablan con libertad. El hombre industrioso, a la vuelta de su trabajo, lee, se ilustra, y compara su feliz estado con el de los pueblos que lloran bajo un despotismo oriental. Así se con-

serva en los corazones aquel amor de la libertad, aquel celo por las prerrogativas sociales, aquel odio inmortal a la servidumbre y opresión que pobló aquellas regiones, y que conduce a ellas diariamente tantos emigrados de todos los puntos del Universo. Allí han encontrado un asilo inviolable, grandes almas. Allí se han refugiado muchos de nuestros hermanos peninsulares, huyendo del vandalismo francés. ¡Oh! ¡florezca, viva glorioso a la sombra de perpetua paz el pueblo recomendable por su hospitalidad y caridad! No se extienda hasta sus respetables umbrales el torrente de injusticias, usurpaciones y atentados que inundan la tierra. Haya en el mundo, a lo menos, un asilo abierto a la libertad, a los talentos, a las virtudes pacíficas».

Otro artículo en favor de la industria popular, tiene también notabilísimas consideraciones que no podemos menos de transcribir como muestra de las campañas de «La Aurora» y de la propaganda a que se aplicó su redactor y director Camilo Henríquez, deseando impulsar con alma de patriota el progreso de Chile:

«¿Cómo han de aprenderse los trabajos y procederes de las artes, si no hay maestros que las enseñen? La ignorancia en estos objetos interesantísimos será eterna, el pueblo será miserable, degradado y envilecido, hasta que nos vengan de los países cultos e industriosos hombres dotados de conocimientos útiles y acostumbrados al trabajo. Pero atravesar inmensos mares, exponerse a los riesgos, expatriarse, sufrir las incomodidades del Cabo de Hornos, no detenerse (si vienen por otro camino), en los países del tránsito, si en ellos encuentran una acogida honrosa y las dulzuras de la libertad en que adoran, son en verdad cosas que entibian nuestras esperanzas. Con todo, consta por experiencia que un buen Gobierno hace milagros; y el honor y una legislación sabia, justa y equitativa, unida a la feracidad del suelo y a la bondad del temperamento, pueden presentar a los ánimos de los extranjeros una perspectiva muy atractiva y enamoradora. Nada debe omitirse para engrandecer y enriquecer la nación, y desterrar el ocio y la miseria.

La industria trae las riquezas, y las riquezas forman el poder nacional. La industria introduce el trabajo, y el trabajo destierra al ocio y a los vicios. Los pueblos laboriosos tienen costumbres, La

riqueza y las costumbres son el apoyo, el recurso, el baluarte de la libertad, ¿cómo, pues, han de omitirse los medios indispensables para llamar la industria a nuestro territorio? ¿Cómo no han de dictarse todas las precisas providencias, y removerse todos los obstáculos, para atraer y domiciliar entre nosotros, los maestros de las artes? El pueblo que conozca sus verdaderos intereses, mirará siempre a un extranjero útil como un don inapreciable, como un instrumento de su prosperidad?».

«La Aurora» llegó a contar cincuenta y ocho números, y cada uno de estos números es la repetición en letras de molde de la célebre proclama que el fraile de la Buena Muerte había distribuido en 1811. En cada una de las ediciones, su redactor y director volvió a sostener la misma tesis: la necesidad y la justicia de la independencia de Chile. Prosa y verso, editoriales y noticias del extranjero, todas las formas y todos los tonos fueron empleados para probar que debíamos ser libres.

Es de justicia decir que dirigía el timón de los negocios públicos el general don José Miguel Carrera, cuando el Gobierno instaló la primera imprenta organizada que ha habido en Chile y fundó nuestro primer periódico. El nombre de Carrera se halla también al pie del decreto que encargó a Camilo Henríquez la redacción de «La Aurora», con el modesto honorario de cincuenta pesos al mes

He aquí ese decreto:

“Santiago, Enero 16 de 1812.— No debiendo esperar con solidez el Gobierno, las incalculables ventajas que se ha propuesto en la apertura de la prensa, sin que sobre los reglamentos meditados se elija un redactor que, adornado de principios políticos, de religión, talento y demás virtudes naturales y civiles, disponga la ilustración popular de un modo seguro, transmitiendo con el mayor escrúpulo la verdad que sólo decide la suerte y crédito de los Gobiernos, y recayendo éstas en el Pbro. fray Camilo Henríquez, de la Orden de la Buena Muerte, se le confiere desde luego este cargo, con la asignación de seiscientos pesos anuales. Hágase saber al público y cuerpos literarios, para los efectos convenientes.— Tómese razón en la Tesorería General, y dándose testimonio al nombrado para que le sirva de título bastante, archívese.— Carrera.— Cerda.— Manzo.— Vial, secretario”.

No es una biografía lo que deseamos presentar del célebre fraile de la Buena Muerte, y por lo tanto, no lo seguiremos en su peregrinación a través de la cordillera, después del desastre de Rancagua. Afianzada de nuevo la independencia con el triunfo de Maipú, Camilo Henríquez deseaba ardientemente volver a su país, pero le faltaban los recursos necesarios para el viaje. Sin los auxilios de O'Higgins y de una subscripción popular que entonces reunió don Manuel Salas, el fraile de la Buena Muerte no habría podido salir de Buenos Aires.

Junto con volver a las tareas del diarismo, que también había seguido en Buenos Aires, nuestro primer periodista nacional ocupó además aquí otros cargos públicos: segundo director de la Biblioteca, y secretario de la Convención de 1822, de la cual formó parte como diputado por Valdivia. Camilo Henríquez trabajaba día y noche, consagrando así sus últimas fuerzas vitales a la causa de la libertad y de la patria.

En las elecciones de Marzo de 1823—un siglo atrás—fué elegido diputado suplente por Valparaíso, lo que es una honra inmarcesible para la ciudad. Verificado el escrutinio, que daba setenta y cinco votos para don José Ignacio Eyzaguirre, como diputado propietario, y cincuenta y tres votos para Camilo Henríquez, como diputado suplente, levantóse la siguiente acta:

«En la ciudad y puerto de Valparaíso, de la República de Chile, a diez días del mes de Marzo de mil ochocientos veinte y tres, estando juntos y congregados en la sala del despacho de Gobierno, que sirven de casas consistoriales, los señores que componen este Ilustre Cabildo, y los escrutadores nombrados el día de ayer para la elección del diputado y suplente que represente este pueblo de esta ciudad, y puerto, y en cumplimiento del artículo 28 de la instrucción convocatoria y las facultades que le son conferidas, dijeron: que, a nombre de este pueblo, daban todo el poder necesario en derecho al ciudadano don Ignacio Eyzaguirre, su diputado, y en su defecto, al ciudadano don Camilo Henríquez, para que reunido entre los demás miembros que componen la Asamblea Provincial, acuerde y sancione los medios de conseguir la tranquilidad y unión de toda la nación, a cuyo fin les confieren toda la plenitud de facultades necesarias para la arduidad del negocio que se le encarga; y para la constancia, la firmaron di-

chos señores, de que certifico.—José Ignacio Zenteno.—Juan Nepomuceno Rozas.—José María Hernández.—José Domingo Otaegui.—Ambrosio Román Achurra.—Carlos Muñoz.—Manuel Gormaz.—José María Villarreal.—José Agustín Cousiño.—Martín Manterola.—Francisco Hernández.—Ante mí.—José Manuel Menares, escribano público y de Cabildo».

Por su importancia local y por ser una nota característica, no hemos querido prescindir de este curioso documento.

Camilo Henríquez murió en Santiago el 16 de Marzo de 1825, después de recibir devotamente los sacramentos de la Iglesia. Como había nacido en Valdivia, el 20 de Julio de 1769, murió de cincuenta y seis años no cumplidos. Su muerte ocurrió en una casita de la calle de Teatinos, número 33, que queda entre la de Agustinas y la de Huérfanos, y que nos la indicó en una ocasión el doctor don Augusto Orrego Luco, quien había recibido el dato de don Pedro Godoy.

En la sesión 63.º del Congreso, celebrada el 16 de Marzo de 1825, y presidida por don José Miguel Infante, puede verse en el acta lo siguiente: «Se anunció el fallecimiento del diputado señor Henríquez; se acordó que se le hiciesen los mismos honores que al señor Larraín en su exequias; y se nombró para asistir a ellas a la misma comisión, poniendo en lugar del señor Fuenzalida al señor Luco».

Cuando el fallecimiento del canónigo don Joaquín Larraín, que era diputado, se había designado una diputación del Congreso para que, a nombre de éste, diese el pésame a la familia y también se había acordado que todos los diputados llevasen luto por tres días.

De todos modos, parece que esos funerales no fueron como habría podido creerse, y que la muerte de este escritor, que durante su vida había causado tanto ruido, que se había conquistado tantas simpatías y que había despertado tantos odios, pasó más o menos como la de otros personajes ya olvidados y que ni remotamente tuvieron los títulos de Camilo Henríquez, el padre agosto del diarismo nacional.

Al través de más de una centuria, la Prensa ha tenido un desarrollo pasmoso, como ha sido el desarrollo del país mismo, desde los tiempos de la Patria Vieja, cuando Camilo Henríquez editó «La Aurora». Pero las modernas rotativas de hoy, que cada día devoran por

centenares los rollos de papel para difundir el pensamiento y las ideas, se honran, con todos los que las sirven, al considerarse continuadoras de la obra de aquel que al servicio de la Patria puso todo el fuego de su vida, el calor de sus entusiasmos, las energías de su alma y la luz de su talento.

En una ocasión como ésta y en vista del homenaje de ahora, sólo cabe esta exclamación de júbilo patriótico: ¡Gloria a Camilo Henríquez, fundador del periodismo nacional!

R. H.

